

Kristina Paltén  
Desirée Wahren Stattin

# SIN MIEDO

1.840 kilómetros de confianza

*Traducción:*

MARC JIMÉNEZ BUZZI



MAEVA | *inspira*



# Prólogo

## El hombre de la camisa blanca

*Día 18, Ardabil-Astara, 85 km*

Suena el teléfono cuando llevo exactamente diez horas en marcha. La melodía me alegra y reduzco el ritmo al trote mientras abro el pequeño bolsillo de la parte trasera del carrito. Allí guardo, además del teléfono, una bolsita impermeable con mi tarjeta de crédito iraní y algunas tarjetas de presentación para las personas con las que me encuentro y que quieren seguirme en mi página web.

Mi *smartphone* es un modelo bastante robusto, resistente al agua y a los golpes. En los algo más de dos meses que pasaré en este país será mi cuerda de salvamento y, a veces, mi única oportunidad de comunicarme con personas que entienden lo que les digo.

Quien llama es Mehrdad, un hombre que ha llegado a conocerme como pocos. Llama desde Karaj, donde vive, unos cuantos kilómetros al noroeste de Teherán. Ahí está él, con un montón de mapas y un ordenador, como la araña en el centro de la red de la cincuentena de personas que se han involucrado en mi carrera o han dicho que quieren colaborar con una cama o una comida.

—No deberías correr en la oscuridad —dice.

En la página web puede ver que todavía me falta bastante. Un punto muestra, a quien sepa la contraseña para acceder a la imagen del mapa, el lugar en el que me encuentro. Unos iconos con forma de gota invertida van marcando mi recorrido

cada diez minutos, con la precisión que da la señal del satélite. En este instante me quedan por lo menos tres kilómetros de carrera hasta la ciudad de Astará, la meta del día. Allí me ducharé para quitarme el polvo, el sudor y la sal, y me meteré dentro de una cama de hotel con sábanas limpias.

Mehrdad sabe que ya ha empezado a anochecer. Es 22 de septiembre y el sol se pone hacia las seis. En un cuarto de hora desaparecerán los últimos rayos oblicuos del sol vespertino que iluminan las montañas. Después, la oscuridad es absoluta, ni siquiera se ven los límites de la carretera, y no todos los conductores encienden las luces al anochecer.

—Pero aquí hay farolas —le digo, y en eso no le miento.

—¿Así que estás en una carretera?

—Si una carretera es un lugar con farolas, entonces estoy en una carretera —le respondo.

Mehrdad parece más tranquilo. Luego me dice que ha contactado con una familia que vive en mi ruta y en cuya casa podría pasar la noche, si no me da tiempo a llegar al hotel de Astará.

—Pero yo quiero llegar a la meta, si es posible —le digo, tanteando el terreno.

Mehrdad se preocupa por mí y no quiero parecer desagradecida. Siempre me ha resultado difícil decir lo que quiero o pienso, y Mehrdad se ha dado cuenta. Incluso ha llamado a las familias con las que viviré para explicarles que soy la clase de persona que no suele decir lo que de verdad quiere. Les comenta, por ejemplo, que me gusta desayunar huevos fritos o que a veces quiero estar sola.

Aunque no se lo digo con todas las letras, comprende que no logrará disuadirme de intentar llegar hasta Astará.

—Está bien, te están esperando, si quieres. Eres una gran corredora —dice.

Colgamos. Vuelvo a guardar el teléfono en el bolsillo y aumento el ritmo. Aspiro el aire tibio de la noche y me siento fuerte

a pesar de la distancia que ya he recorrido hoy, la jornada más larga de toda la carrera por Irán. La carretera desciende y no hay mucho tráfico; algún que otro coche pasa zumbando junto a mí, y a veces Baby Blue, mi carrito de correr, se balancea con el golpe de aire. A la luz de las farolas se ven las siluetas de los árboles. A la izquierda hay algo que parece un arroyo, aunque no oigo el ruido del agua; a la derecha, la tierra y el bosque suben en pendiente.

El nombre de Baby Blue se lo pusimos Carina y yo. Carina es la amiga con la que suelo correr. Baby Blue es un chico, un pequeñín bastante consistente de unos cinco años, de absoluta confianza. Cuando corrimos de Turquía a Suecia en 2013, Carina y yo nos inventamos muchas historias sobre él. Carina no ha venido con nosotros a Irán. Ahora solo estamos Baby Blue y yo.

En Irán la gente anda y corre por la derecha, en la dirección de los coches, y fuera de las ciudades no hay aceras. Hay muchos accidentes y la mortalidad en las carreteras es de las más altas del mundo, pero ahora mismo me siento segura. Es agradable estar sola en la carretera, envuelta por esta oscuridad gris. El mundo se reduce a lo que veo, y eso me gusta. El olor del anochecer y del bosque caliente me lleva por este paisaje que se va volviendo cada vez más oscuro. Me llena el pecho una sensación luminosa de alegría, casi de felicidad.

Al cabo de un momento está oscuro. Son aproximadamente las seis de la tarde y he dejado atrás la última farola. Ahora ya no veo dónde piso en la carretera irregular, y los conductores seguro que no me ven. Me detengo para sacar el chaleco reflectante. El ordenador de bicicleta de Baby Blue muestra la distancia que ya he recorrido hoy: cincuenta y cinco kilómetros. No hay nada a mi alrededor, salvo el canto de los grillos y los contornos del paisaje que se distinguen a la luz de las estrellas.

Unos cuantos puntos de luz salpican las montañas que tengo delante, pero todo lo demás es una negrura completa. Mis ojos se acostumbran relativamente bien a la oscuridad, pero me cuesta distinguir si los puntos de luz se encuentran a varios kilómetros de distancia o solo a unos cientos de metros. Cada vez que viene un coche, aparto la vista para que no me ciegue y afecte a mi visión nocturna.

Cuando llevo una media hora corriendo en la oscuridad, distingo algo que parece una casa en la pendiente de la derecha. Al acercarme, veo que es un restaurante. La luz sale a raudales de sus ventanas y parece un lugar agradable, acogedor. Junto al restaurante hay un aparcamiento con varios coches, del que parte un camino de grava que se une a la carretera por la que voy corriendo. A la luz de la casa, veo que en el cruce hay tres hombres hablando, de pie.

Me desvío un poco para esquivarlos. Estoy acostumbrada a que me paren y me gusta hablar con la gente que quiere saber más cosas de mí y de mi aventura, pero esta noche solo quiero seguir corriendo. Está oscuro, las rodillas y los muslos empiezan a resentirse después de treinta y cinco kilómetros de bajada, y todavía me falta un buen trecho para llegar a la meta. No tengo tiempo para pararme.

Cuando me acerco, empiezan a hacerme señas. Me paro, como siempre, e intentamos entendernos. No saben nada de inglés y yo solo sé algunas palabras en persa. El diálogo es torpe y un tanto brusco, puesto que toda la comunicación se ve limitada a unas cuantas palabras sueltas. Así es imposible explicarse o construir frases matizadas.

Uno de los hombres lleva una camisa blanca y trata de invitarme a té.

—*Chai?*

Le respondo con la fórmula de cortesía que he aprendido:

—*Na merci.* —No, gracias.

El hombre insiste:

–*Chai?!*

Alza la voz y me clava una mirada apremiante. Tiene los ojos grandes, dilatados. ¿Estará colocado?

Las drogas son relativamente frecuentes en Irán, pese a estar rigurosamente prohibidas y castigadas con largas penas de cárcel, a veces incluso con la pena de muerte. Los demás parecen sobrios, y tengo la sensación de que el comportamiento de su amigo los incomoda. El hombre reitera su deseo de tomar té conmigo y yo vuelvo a decir:

–*Na merci.*

Entonces rodea rápidamente a Baby Blue y agarra el manillar. Lo agarra con fuerza, como negándose a soltarlo. Pero ¿qué es esto? ¿Qué se ha creído?

–*Davande Astara* –le digo, intentando sonreír. Tengo que llegar a Astara.

–*Machina Astara! Chai!*

El hombre drogado quiere tomar un té conmigo y luego llevarme en coche a Astara. Emplea un tono agresivo y repite estas palabras una y otra vez. ¿Quiere que me meta en un coche con un hombre drogado? Ni en sueños. Quizá se estrelle o me lleve a otro lugar muy distinto. ¿Y cómo voy a saber adónde me ha llevado? ¡Ni siquiera sé leer las señales en este país!

Se pone a gritar y yo respondo con un resuelto «na». Ya he sido amable demasiado tiempo, ahora solo quiero seguir corriendo. Empieza a hervirme la sangre de rabia. No puedo malgastar más tiempo, ahora que es tan importante. Como no suelta el carrito de buena gana, intento despegarle los dedos, pero él continúa aferrado al manillar. Después de un largo rato de forcejeos y de «na merci», la rabia se desborda. Lo golpeo con todas mis fuerzas. Le doy un porrazo directamente en las muñecas. No sé de dónde sale esta furia, es puramente instintiva, pero el hombre se suelta por fin con un estremecimiento. Me pongo en marcha y echo a correr hacia la protectora oscuridad.

El corazón me late con fuerza. Dirijo toda mi atención hacia delante. Solo quiero huir de ese hombre que parece dispuesto a utilizar la fuerza para obligarme a hacer algo que yo no quiero hacer.

Al cabo de unos metros noto que viene corriendo tras de mí. Oigo sus pasos acercarse y de repente siento que me da un cachete en todo el trasero. Pero ¿qué diablos...?

Mi cuerpo aumenta la velocidad sin que yo tenga que decirselo y el corazón me retumba en los oídos. ¡Corre, lárgate por piernas!

Sigo corriendo sin volverme a ver lo que hace, no quiero perder velocidad ni concentración. Lo único que quiero es marcharme de aquí.

Pero parece que no me sigue. ¿O sí? Lo único que oigo es mi rápida respiración y mis pensamientos en bucle: «¡Dios mío, le he pegado! ¿Qué va a hacer ahora?».

Sigo corriendo, adentrándome en la noche, y pienso en la conversación que mantuve con Pedram, mi colega en Ericsson, antes del viaje. «Si te agreden y tú, siendo una mujer, golpeas a tu agresor, es a ti a quien van a detener, ¿lo sabes? Así es como funciona la ley en Irán. El testimonio de una mujer vale la mitad que el de un hombre. Si es tu palabra contra la suya, te detienen a ti.»

Pedram emigró de Irán a Suecia hace veintidós años y estaba visiblemente preocupado por lo que pudiera ocurrirme allí, en Irán. Cuando hablábamos sobre mi viaje solía mirar a su alrededor y bajaba la voz. Me habló de las últimas ejecuciones y de la represión política que sigue existiendo en el país. Me preguntó cuánto estaba dispuesta a arriesgar. ¿Una violación? ¿La vida?

También quería saber cómo escribiría sobre el viaje. «¿Cómo vas a encriptar lo que escribas desde allí en tu ordenador y que no quieras publicar? ¿Qué harás cuando vayan a registrarte y vean que has escrito sobre el trato que reciben las mujeres o que has criticado el régimen, por ejemplo?», me preguntó. Aunque no

escribiera nada ilegal, el régimen podría utilizar aquellos textos o cualquier otra cosa, declararlos ilegales y detenerme, dijo.

Mi visión nocturna se va recuperando poco a poco y empiezo a ver otra vez las siluetas de los árboles, la carretera y la baja barandilla metálica de la izquierda. Ahora que he bajado la montaña, la región es bastante llana y Baby Blue ya no tira de mí hacia delante y hacia abajo como en las últimas horas.

Se corre muy bien y siento que la calma de la carrera se me va metiendo en el cuerpo. ¿Cuánto puede faltar? Quizá una hora y media, o incluso algo más.

Al cabo de un rato oigo el ruido de una motocicleta detrás de mí. Se acerca rápidamente y me alcanzará enseguida. Cuando llega a mi lado, el conductor se vuelve de pronto hacia mí y se pone a gritar a pleno pulmón. Pega unos alaridos estridentes y agresivos, y me llevo tal impresión que es como si me despegara del suelo y me levantara dos metros en el aire. Alcanzo a ver la camisa blanca y los ojos dilatados, antes de que desaparezca en la oscuridad delante de mí.

Me detengo. El corazón me late desbocado. Se me dispara la adrenalina y el miedo me golpea las sienes. ¿Qué va a hacer ahora? ¿Va a buscar a su familia de cuatro hermanos y otros tantos cuñados? ¿Reunirá a todos sus amigos para tenderme una emboscada? ¿Y qué voy a hacer yo? No hay ningún otro camino. No puedo dar media vuelta, no hay nada. La única manera de avanzar es por el camino que tengo delante: veinte kilómetros con el cuerpo agotado y el riesgo evidente de que un hombre drogado y sus amigos salgan de un salto de la oscuridad para... ¿hacer qué? ¿Agredirme? ¿Violarme? ¿Y luego dejarme en el arcén para que me atropelle un coche?

Cuando planeaba el proyecto de Irán muchas personas me aconsejaron que me llevara un aerosol de pimienta, por si me topaba con individuos con malas intenciones. Llegué incluso a

plantearme si no debería llevar una pistola eléctrica, por si en alguna ocasión me sentía vulnerable, sola y asustada. Pero cada vez que me pasaba por la cabeza la idea de llevar un arma, llegaba a la conclusión de que tal cosa se oponía al propósito mismo del viaje. Quiero recorrer Irán para promover la confianza, la curiosidad y la apertura. Por lo tanto, no puedo llevar un arma. Si no creyera que se puede hacer este viaje sin armas, no lo haría. No puedo contribuir a la paz si me dejo vencer por el miedo. Además, la verdad es que no creía que fuera a necesitar ninguna. Así que aquí estoy ahora, con las manos vacías. Aunque tengo otra cosa.

Cuando, todavía en Suecia, probé a organizar el equipaje en Baby Blue, fui colocando escrupulosamente todas las cosas en los distintos compartimentos y bolsillos. Cuando le tocó el turno al trípode de un pie de la cámara de vídeo, vi que era duro y que por su forma parecía una porra. Tampoco era demasiado pesado. Sería fácil levantarlo en el aire para arrear un buen golpe. Este descubrimiento me hizo sentir un poco más segura, pero también me avergoncé de mis ideas violentas y de que pese a todo fuera a llevar un arma.

En medio de la negra oscuridad, con ese loco quizá drogado interponiéndose en mi camino hacia la seguridad de Astara, comprendo que puedo necesitar el trípode.

Me tiemblan las manos mientras abro el bolsillo de abajo del todo, en el que guardo la tienda. Allí está también el trípode. Lo saco del bolsillo, se atasca un poco, y tiro y rasgo para liberarlo. ¡Rápido, que no me pille con las manos vacías! Esto es precisamente lo que quiero evitar si vuelve el hombre de la camisa blanca. El trípode tiene que estar muy accesible, y lo peso un poco en la mano antes de dejarlo encima de Baby Blue, debajo de la correa elástica que va de lado a lado para atar el equipaje al carrito. Luego empiezo a correr. Siento las piernas inestables, me tiembla todo el cuerpo. Ahora no puedo permitirme tener miedo. Estoy sola y tengo que defenderme.

Pasa media hora y no sucede nada, salvo que mis piernas se vuelven más débiles aún y el cuerpo me duele un poco más. El paisaje cambia, los árboles han desaparecido y el terreno se vuelve llano. Miro delante de mí tratando de distinguir hoyos en el asfalto y piso con cuidado para evitar las irregularidades. Siento que el suelo es llano, pero no sé qué aspecto tiene. Creo que es de tierra y piedra, pero no estoy segura del todo.

Al cabo de otra media hora veo en la distancia un punto blanco solitario, y otro, y otro más. ¡Farolas! ¡Por fin! Deduzco que me estoy acercando a Astara, o a algo parecido a una ciudad, y es como si mi cuerpo se llenara de energía y me digo: «¡Sí, puedo hacerlo, voy a lograrlo!».

Durante una hora he tenido a mi izquierda una valla muy alta con alambre de espino en la parte superior, pero no sabía lo que era... hasta ahora. ¡Poco a poco caigo en la cuenta de que es Azerbaiyán! Recuerdo haber visto en el mapa que iba a seguir la frontera.

Veó en lo alto una torre de vigilancia y luego oigo el grito del guarda propagándose por toda la zona: «Welcome to Iraaaan!», y de repente me pongo a reír. Es amable. Es mi amigo, somos familia. Nos une un vínculo invisible. Es como si se aflojara toda la tensión que he tenido que soportar durante la última hora y la risa sale de mí a borbotones, no puedo pararla.

Sigo corriendo, pero ahora a la luz de las farolas. El hotel me atrae y ansío el silencio, la seguridad, una ducha y estar a solas. Después de casi tres semanas durmiendo en casa de familias hospitalarias, sin poder estar ni un solo minuto a mi aire, necesito un poco de tiempo de soledad.

Las farolas están cada vez menos separadas y la carretera se ensancha hasta los cuatro carriles. Sé que estoy cerca de Astara, pero no sé cómo llegar a la ciudad desde esta carretera. Los letreros en persa no me ayudan. Trato de encontrar una salida claramente señalizada por donde salir por fin. Mi cuerpo no soporta ni un solo kilómetro más.

Después, de pronto, se debilita la sensación de estar en una ciudad. La luz es más tenue y las farolas están más espaciadas. Pienso que debo de haberme equivocado de camino. He pasado de largo la salida y ahora me estoy alejando de Astara. Saco el teléfono y veo que he recibido dos mensajes de Carina. En el primero escribe: «Cuando llegues a Astara tienes que girar a la izquierda en el segundo cruce». Las señales luminosas le van indicando el lugar exacto en el que me encuentro. En el segundo mensaje escribe: «¡Te has saltado la salida de Astara!». Como la señal de los mensajes es un leve clic, no me he enterado de la llegada de sus sms.

Suspiro. Si hubiera visto sus mensajes me habría ahorrado unos cuantos kilómetros. Abro Google Maps. La ventaja de estar cerca de una ciudad es que internet funciona. Le doy la vuelta a Baby Blue y me pongo a correr en la dirección contraria, con el teléfono en la mano.

Al cabo de unos cuantos cientos de metros encuentro la salida. Las calles y las casas me envuelven con su luz y su gente. Con su calor. Ahora no hay bosquecillos oscuros y el hombre de la camisa blanca ya no supone ninguna amenaza.

Al llegar a una rotonda, en el camino que creo que conduce al centro de la ciudad, me quedo perpleja y no sé hacia dónde seguir corriendo. Mehrdad me ha enviado una dirección, pero es difícil descifrar el persa cuando uno no entiende ni una sola letra. De repente, aparece un coche de Policía con cuatro policías militares vestidos de verde.

Oh, no, policías, lo que me faltaba.

Detienen el coche junto a mí y bajan la ventanilla.

—*Passport, please!*

Muestran una desgana un tanto amenazadora y me dan malas vibraciones, aunque también puede deberse a las experiencias de este día. Al no saber la lengua, agudizo mi intuición y me doy cuenta enseguida de si una persona tiene buenas o malas intenciones. Tengo la impresión de que estos policías

quieren demostrar su poder. Hasta ahora han sido poquísimos los que han hecho algo así. La mayoría son amables.

Suspiro y saco el pasaporte. Lo miran, asienten con aire soberbio, me lo devuelven y me dan las gracias antes de reanudar la marcha. Siento el alivio en todo el cuerpo. Y el cansancio. Me quedo ahí plantada en la rotonda, sin saber qué camino tomar. Entonces se detiene un taxi. El conductor sonrío. Yo también sonrío y luego le enseño mi teléfono con la dirección. Vuelve a sonreír y me hace una seña para que lo siga. Es un trecho corto, de unos cientos de metros, y conduce delante de mí para indicarme el camino. Cuando llegamos, no acepta mi dinero y sonrío por tercera vez, levanta el móvil y pregunta: «Ax?». Yo asiento. Nos saca una foto a los dos y me dice adiós con la mano. *Ax* significa «foto» y es una de las primeras palabras que aprendí al llegar. Sonrío agradecida, ¡cuántas personas amables y serviciales hay en el mundo!

Llego al hotel después de subir a Baby Blue por las escaleras. Delante de mí hay una alfombra roja, a la izquierda está la recepción. Mehrdad ha avisado de mi llegada y el hombre de la recepción me espera con un impreso de registro. Saco mi pasaporte y la relleno con mis datos.

Estoy agotada, pero exultante. ¡Lo he logrado! El ordenador de bicicleta se ha parado en los ochenta y cinco kilómetros. Con una pizca de orgullo, le hago una foto y la subo a Facebook. Sé que este día tenía preocupados a muchos de los que me siguen por internet. He tardado catorce horas en llegar hasta aquí. Ahora saben que estoy en un lugar seguro.

El recepcionista me pregunta qué quiero comer y yo escojo *zereshk polo*, arroz con bayas secas agridulces y pollo. Me arrastro hasta el restaurante y me siento en la silla de una de las mesas. Soy el único cliente. Tengo el cuerpo flojo, pero no rígido. Cuando llega la comida, me relamo con el olor. Me como hasta el último grano de arroz. Después de cenar, el chico de la cocina me ayuda a subir a Baby Blue por la sinuosa escalera hasta

la habitación. Me meto en la ducha sin quitarme la ropa, la froto con jabón y después la dejo en el suelo de la ducha mientras me enjabono el cuerpo. Luego escurro la ropa, retorciéndola con fuerza. Es importante que se seque para la etapa de mañana. La cuelgo en la silla y en el escritorio.

Me tumbo en la cama y desconecto. Escucho el ruido de la calle, dejo que la calma se asiente en mi cuerpo exhausto. Por último, saco el teléfono y me pongo *The Best*, de Tina Turner. Escuché esta canción cuando batí el récord en cinta de correr y suelo cantarla para mis adentros siempre que me veo en apuros. Me gusta la letra: «You're simply the best, better than all the rest, better than anyone, anyone I ever met».

Me consuela y me da confianza en mí misma. Aunque estoy muerta de cansancio, decido escribir en el blog antes de dormir. Sé lo importante que es mi blog para mi hermana y mis padres. Y para mi compañero Fredrik. Esas entradas son la prueba de que he llegado a la meta y estoy bien. Y también sé que para algunos de mis seguidores el blog es como un cuento para antes de ir a dormir.

Así que escribo un texto breve para el blog. Pero no digo nada del hombre de la camisa blanca que me persiguió en la oscuridad.

Hoy he golpeado a un hombre. No sé si es ilegal, ni qué pena supone en tal caso. Pero sé que estoy en un país que no conozco y que es famoso por su arbitrariedad jurídica. Mientras preparaba la carrera, tuve la sensación de ser un peón en un juego político. No sé quién puede leer mi blog y no quiero darle a nadie la ocasión de detenerme por una minucia.

Mi yo racional dice que este hombre nunca me denunciará por un golpe en la muñeca. Estaba drogado. Las drogas pueden comportar la pena de muerte. Pero el miedo no es racional. No consigo librarme de una vaga sensación de malestar, de la idea de que me denuncie por malos tratos. Si lo hiciera, estaría perdida: me detendrían a mí por ser mujer. Además, el régimen

podría interpretar la frase que escriba como una crítica, y hasta encarcelarme. Por eso no escribo nada.

Tampoco se lo cuento a Mehrdad. Si lo supiera, no me permitiría volver a correr en la oscuridad, y no quiero tener restricciones. Es una sensación extraña, la de estar vigilada y al mismo tiempo completamente sola. Mehrdad es mi guardaespaldas, pero le oculto información, porque soy yo quien decide en última instancia. Los que deciden son mi miedo y mi valor.

# PRIMERA PARTE

## Una vida en libertad

**A** los treinta y un años de edad, no había corrido ni un solo metro voluntariamente. La actividad de correr no existía en mi mundo. Era algo aburrido y fatigoso, algo que me habían obligado a hacer en la escuela.

Mi interés por esta actividad se despertó el día que una amiga de la infancia me llamó y me preguntó si quería participar con ella en la Tjejmilen, la famosa carrera femenina que se celebra cada año en Estocolmo, de una milla escandinava de distancia, es decir, diez kilómetros. Aquel reto activó algo en mi interior.

«Por qué no probarlo», pensé, y saqué del armario unas prendas deportivas.

Mi amiga no tardó mucho en dejarme atrás. En el kilómetro ocho estaba exhausta y las piernas me quemaban, pero al cruzar la meta entre el revoloteo de los banderines de plástico me invadió la alegría. Por todas partes veía mujeres sonrientes con mejillas sonrosadas. La fuerza en las mujeres y su carrera era enorme. ¡Y también era divertido!

La semana siguiente fui al bosque de Tullinge y corrí quince kilómetros. Fue un suplicio y las pantorrillas me dolían, pero el placer inesperado fue mayor. Aspiré el aroma de la pinocha del suelo y vi las aves que antes del otoño se preparaban para la migración. Al volver a casa estaba contentísima conmigo misma. ¡Mis piernas habían corrido quince kilómetros! ¡Qué barbaridad!

Los días siguientes sentí en todo el cuerpo los efectos de aquel desafío, y disfrutaba estirando y encogiendo las articulaciones para notar las agujetas.

Lo que entonces no sabía es que correr se convertiría en mi medicina y en la base de mi nueva vida. Estaba deprimida y frustrada por culpa de un nuevo trabajo itinerante, que no me convenía en absoluto. En esa época de infelicidad laboral, mi marido y yo nos pasamos muchos meses intentando que yo me quedara embarazada, sin éxito. El cerebro se declaró en huelga y el cuerpo se derrumbó. Unos meses después de que me dieran la baja por estrés laboral, el hombre de mi vida me dijo que no quería seguir viviendo conmigo. Fue un auténtico mazazo. ¿Qué había conseguido en la vida si era incapaz de desempeñar mi trabajo, no podía tener hijos y, para colmo, mi marido me abandonaba?

Correr me ayudó a superar aquella crisis vital. Cuando empezaba a superar el estrés, al salir a correr volví a experimentar momentos de felicidad por primera vez en mucho tiempo. Me inscribí en la media maratón de Estocolmo y la experiencia me encantó. Medio año después, cuando el divorcio era una realidad, corrí mi primera maratón y sentí una felicidad que nunca había imaginado. Así, el deporte iba a llenar el vacío de los hijos que no pude tener.

Corriendo aprendí a conocerme a mí misma. Disfrutaba moviéndome, y me di cuenta de que cuando los demás se aburrían era cuando yo empezaba a pasármelo bien. Vi que las piernas podían llevarme a lugares en los que nunca había estado, aunque solo fuera en los parques y los bosques de Estocolmo, y la aventura de no conocer el destino del viaje me hacía sentir un cosquilleo en todo el cuerpo. Correr me permitió pasar mucho tiempo a solas, y así tuve tiempo para pensar sobre la vida o, si lo prefería, para dejar la mente en blanco.

Después de mi primera maratón, me entraron ganas de correr una carrera todavía más larga y empecé a prepararme. Las

carreras más largas que una maratón se llaman ultramaratones, y existen las carreras de tiempo y las carreras de distancia. En una carrera de tiempo los corredores dan vueltas a un circuito hasta que suena la señal que marca el final de la prueba, y gana el corredor que recorra mayor distancia en el tiempo estipulado: puede ser una, seis, doce, veinticuatro, cuarenta y ocho o setenta y dos horas. La carrera de seis días es la modalidad más clásica. Las principales carreras de distancia son las de cincuenta y cien millas, lo que corresponde a ochenta y ciento sesenta kilómetros, respectivamente.

Quería probar, pero ¿qué sistema escoger? La carrera de tiempo parecía la mejor opción, ya que, al dar vueltas por una pista, es más fácil retirarse cuando uno se ve en apuros o sufre una lesión. Pero no acababa de atreverme, y decidí ir a animar a mi amiga Emelie, que iba a correr la modalidad de veinticuatro horas, y ver hasta dónde llegaba. Aquello me abrió la puerta a un mundo completamente nuevo para mí.

En la cultura ultra todo el mundo es bienvenido —mujeres, hombres, personas con sobrepeso, gente mayor—, y cada corredor vive la carrera a su manera. Los corredores de élite corrían las veinticuatro horas sin parar, reduciendo incluso al mínimo las paradas para ir a los servicios. Otros hacían largas pausas, se sentaban para comer un plátano o extendían una estera y dormían un par de horas. En una carrera participó un niño de solo siete años. Se llamaba Arvid. Corría una vuelta, se paraba y abrazaba a su madre; corría otra vuelta, se paraba y hacía una pausa para comer tortitas; corría otras dos vueltas y descansaba.

En muchas carreras de distancia clásicas, por ejemplo, la maratón, no es raro que el público, y a veces hasta los organizadores, lo recojan todo y se marchen antes de que llegue a la meta el último corredor. En las carreras de resistencia es distinto. Como es lógico, aquí se aplaude al ganador, pero también al

último en llegar. Su logro es como mínimo tan grande como el del que gana, y a veces incluso mayor, puesto que ha corrido más tiempo. En algunos casos se celebra la llegada del último corredor con fuegos artificiales.

Estaba decidida, y siete meses después participé en mi primera carrera de veinticuatro horas. Cuando dieron el pistoletazo de salida, pensé, perpleja: «Conque ahora tengo que pasarme veinticuatro horas dando vueltas a esta pista de cuatrocientos metros». Pero al mismo tiempo aquella perspectiva me parecía un lujo. ¡Veinticuatro horas para mí sola! Podía hacer lo que me viniera en gana: escuchar música, hablar con otras personas o perderme en mis pensamientos.

En la carrera también hice muchos nuevos amigos. Sobre todo, conocí a Carina Borén. En una carrera de larga distancia celebrada en Täby en 2010 corrimos juntas setenta kilómetros y nos volvimos inseparables. Había encontrado a mi compañera de aventuras. Corríamos juntas, nos reíamos, sudábamos, y poco a poco fuimos organizando un fin de semana para corredores ultra de Suecia al que invitamos a un profesor de Sudáfrica y en el que comimos, nos conocimos, nos mezclamos y, por supuesto, corrimos. También fue ella quien me apoyó cuando, cerca ya de los cuarenta, intenté tener un hijo yo sola. Llevaba varios años esperando al padre de mi hijo, hasta que me di cuenta de que así no llegaría a tiempo, de modo que me sometí a tres fecundaciones *in vitro* en una clínica de Copenhague. Después, Carina y yo fuimos a su casa a comer pasteles. Carina compró servilletas de cumpleaños infantiles para crear el ambiente propicio y darle un empujoncito al óvulo. Como ella tampoco tenía hijos, decidimos que, si me quedaba embarazada, ella pediría los diez días de paternidad y sería la segunda madre. Simultáneamente planeamos nuestro primer largo recorrido. Si no me quedaba embarazada, quería tener alguna otra ilusión, y Carina se moría de ganas de vivir una aventura de verdad. Escogimos el itinerario de Turquía a Suecia, lo que significaba

pasar por una serie de países en su mayoría desconocidos para nosotras: Turquía, Bulgaria, Rumanía, Ucrania, Polonia, Lituania, Letonia y Estonia. Era una aventura con la que ilusionarse en el caso de que no llegara el hijo.

En la tira nunca aparecieron dos rayas. Nunca llegué a vivir esa experiencia. ¡La primera vez que me implantaron dos óvulos fecundados me sentí como si tuviera huevos de oro en la barriga! Los mecía, soñaba con ellos, los cuidaba. Pero la prueba de embarazo nunca daba positivo e inmediatamente me venía la regla. Luego ya no me atreví a tener esperanzas. Fue una pérdida brutal.

No tener hijos fue muy doloroso, pero también me daba plena libertad. Significaba que podía seguir sin cortapisas mi voz interior. Carina y yo hicimos realidad nuestros planes, y en 2013 fuimos a pie de Turquía a Estocolmo. Tardamos tres meses. El último tramo, desde Finlandia, lo hicimos a remo. Fue la primera de las muchas aventuras que vivimos juntas.

En el trabajo intentaba mantener el mejor ánimo posible. Era ingeniera en Ericsson, trabajaba en la sede central de Kista y desarrollaba proyectos en los que implementábamos productos de terceros en las soluciones de software de Ericsson, pero la verdad es que cada vez dedicaba más tiempo a correr, y eso me encantaba.

Después del viaje a Turquía me puse a pensar inmediatamente en la siguiente aventura: ¿cuál sería? Me apetecía volver a correr por la región de Turquía. Era una zona muy bonita y la gente era muy amable. Pero quería que en esta ocasión mi viaje significara algo en un plano más profundo.

En los últimos años me había dado cuenta de que había aumentado el miedo entre las personas en el mundo. Parecía que la polarización entre Occidente y el islam era cada día mayor. Muchos de nosotros nos construimos una imagen del mundo con suposiciones basadas en el miedo a otra religión o a otro pueblo. Yo también.

Así que decidí correr por Irán, un país dominado por la *sharía* (una ley que me resultaba por completo ajena) y que yo situaba en el vago montón de «países peligrosos de Oriente Medio». Esperaba poder demostrar al mundo y a mí misma que todo ese miedo era infundado. La mejor forma de lograrlo era exponiéndome a lo que me inspiraba mayor temor, y correr en Irán era una de las cosas más aterradoras que se me ocurrían. Un proyecto perfecto que probablemente llamaría la atención, que era precisamente lo que me interesaba.

¿Qué era lo que me daba miedo? ¿Que los hombres me amenazaran con el puño, me lanzaran piedras o me persiguieran para poner fin a la conducta impía de una mujer libre que cruzaba su país corriendo? ¿Exponerme a una violación en grupo o a un linchamiento, y que después arrojaran a un río las partes de mi cuerpo quemadas y cercenadas? Mis fantasías eran infinitas y macabras.

Pero lo que había aprendido en mi carrera desde Turquía era que muchos de nuestros miedos son producto de prejuicios, y que son poquísimos, por no decir ninguno, los prejuicios que se ajustan a la realidad. Pensé que si un país desconocido me inspiraba esos temores, era muy probable que mucha gente los compartiera. ¿Y si corriendo por Irán conseguía eliminar los prejuicios y, de este modo, reducir el miedo y la hostilidad hacia los extranjeros? Así, con aquel proyecto no me limitaría a correr, a dar un paso tras otro durante dos meses, sino que tal vez ejercería una influencia profunda en los demás.

Me crié en una familia creyente. En nuestro pueblecito del norte de Suecia, la escuela dominical era un lugar de reunión natural e importante para todos los niños, y mis padres iban a la casa de oración y a la iglesia. Con los años, mi fe cristiana de la infancia ha cambiado bastante, en un sentido auténtico para mí. Mi fe consiste en obedecer al corazón. Dios ha plantado un deseo dentro de mí, y seguir ese deseo es seguir el camino de Dios. En la medida en que una parte de Dios está dentro de mí, yo

soy Dios, y Dios es yo. Es igual para todos. Cuando sigo a mi corazón, y con ello ando por el camino que Dios me ha asignado, me encuentro bien y acerco a Dios a los demás.

No tener hijos me causó un gran dolor, pero también lo entendí como una señal. Si Dios quería que me dedicara a correr y no a los hijos, que así fuera.

Y con la confianza, la curiosidad y la apertura como lemas, me decidí a atravesar Irán corriendo, y pensaba hacerlo sola.